La sensación de desconcierto, antes aludida, puede estar provocada también, por aparecer publicado por una editorial que nos tiene acostumbrados a unos instrumentos de trabajo en torno a la Biblia considerablemente mejores y más útiles que esta nueva traducción.

Fernando Ibáñez

G. Martin: *Para leer la Biblia como Palabra de Dios* (Verbo Divino, Estella 1983).

En el prólogo a la 2ª edición (1975) de este libro señala el autor que no ha pretendido escribir un libro original sino práctico, presentando ideas de dominio común en forma legible. Es posible que el carácter de laico y norteamericano del autor haya contribuído a conseguir su propósito.

La lectura de la Escritura, la Palabra de Dios y Fidelidad a la Palabra son las tres partes en las que se articula el libro. Aunque en la última parte un capítulo está dedicado a «algunos problemas de interpretación» —con referencias a los 11 primeros capítulos del Génesis, los Evangelios y el Apocalipsis—, el conjunto de la obra aborda exclusivamente cuestiones de introducción general a la Biblia.

La finalidad práctica que orienta al autor le lleva a presentar más unas actitudes y disposiciones para leer, comprender, escuchar y orar con la Biblia que unas técnicas de lectura. No quiere esto decir, que el libro se reduzca a una serie de consejos fríos. Las bases teológicas y exegéticas con sólidas y se presentan con claridad y sencillez. Una cierta estructura concéntrica de toda la obra sirve para destacar el carácter de Palabra encarnada, dirigida a la Iglesia y capaz de suscitar vida. La insistencia del autor en dedicar 15 minutos diarios a la lectura de la Biblia está dirigida a que esa lectura termine en la oración y transformación de la vida, aunque este último aspecto sea el menos desarrollado, pudiendo provocar una cierta sensación de pietismo.

En resumen se trata de un libro útil y claro, con una seria orientación espiritual destinado fundamentalmente a creyentes que desean aproximarse a la Biblia con unas actitudes adecuadas.

Fernando Ibáñez

X. Léon-Dufour: *La fracción del pan* (Cristiandad, Madrid 1983).

X. Léon-Dufour ofrece en este libro una contribución más al estudio de los relatos de la Cena en el Nuevo Testamento, que viene a añadirse a otros libros recientes publicados sobre este mismo tema, como los de J. Jeremías o los de R. Pesch y H. Patsch en el ámbito alemán.

Sin embargo la obra de Léon-Dufour aporta datos nuevos a esas investigaciones anteriores. Su principal aportación radica en el descubrimientno, en los relatos de la cena, de un doble tipo de tradición: una tradición «cultural» que, resaltando la dimensión ritual de la cena de Jesús, prepara o abre camino a la posterior celebración sacramental eucarística de la Iglesia; y otra tradición «testamentaria», que destaca el carácter de despedida y de legado o testamento que entraña el banquete que Jesús celebra con sus discípulos la noche antes de morir.

La tradición cultual conecta a la cena con la alianza antigua y su celebración refleja una doble tendencia: la corriente antioquena (representada por Pablo en 1 Cor 11 y por la segunda parte del relato de Lucas —Lc 22, 19-23—), y la otra corriente que se refleja en la narración de la cena de Marcos y Mateo. Desde estos presupuestos Léon-Dufour intenta seguir paso a paso la evolución de la

historia de las tradiciones de la cena en la Iglesia primitiva. Comienza así analizando la praxis eucarística de la comunidad primera, tal como aparece reflejada en los mismos relatos, para pasar a las tradiciones anteriores que subyacen a esa praxis y su desarrollo. Para ello centra sobre todo su atención en el mandato del memorial (o «anámnesis») y en los gestos y las palabras en torno al pan y a la copa. Por último acaba remontándose al acontecimiento que sirvió de base a esas tradiciones (así como a la praxis posterior de la Iglesia): la última cena de Jesús.

A su vez la tradición «testamentaria» conecta con el gesto de Jesús de despedida ante su muerte próxima. Un gesto que tiene sus antecedentes en los banquetes de despedida que solían celebrar los antiguos patriarcas bíblicos (tal como se refleja en algunos pasajes del Génesis así como en otros libros apócrifos de la literatura intertestamentaria, como en el Testamento de Neftalí o en el Testamento de los doce Patriarcas): antes de morir, el patriarca daba sus últimas recomendaciones a sus hijos en una comida y les legaba en herencia sus bienes y sus bendiciones. Pues bien, la primera parte del relato de Lucas (Lc 22, 14-18) así como el largo relato de la cena en Juan serían los mejores exponentes de un gesto similar de Jesús, de una cena de despedida en la que él otorga a sus discípulos, ante su muerte inminente, su testamento y les lega su herencia definitiva, que en su caso no son bienes materiales sino su misma persona, su obra y su vida entera.

El libro es rico e interesante en la vertiente exegética (más discutible son los «excursus» de tipo teológico en que el autor a veces se embarca). Es obra accesible, de no difícil lectura.

M. Gesteira Garza

E. Schillebeeckx: *El ministerio eclesial.* Responsables en la comunidad cristiana (Cristiandad, Madrid 1983) 237 pp.

Es una obra sobre el ministerio pastoral de la iglesia, que surge, por una parte, de «la crisis vocacional» de sacerdotes célibes en el período del posconcilio y, por otra, de la necesidad eclesial que toda comunidad tiene de ser presidida por dirigentes pastorales y a celebrar la eucaristía. Esto lo exige su ser y sentirse comunidad e iglesia. De este contraste surge esta obra que es un ejemplo bien hecho, aunque discutible, de teología bíblico-histórica del ministerio eclesial. En ello Schillebeeckx es un discípulo-maestro de ecuanimidad y rigor, que sigue la mejor escuela de Y. Congar en la manera de hacer teología histórica al servicio de la teología dogmática, como función crítica y constructiva dentro de la iglesia.

Un primer capítulo de esta obra está consagrado a la historia de las comunidades neotestamentarias (primera generación cristiana; época posapostólica: Ef 4, 7-16, Cartas Pastorales, 1 Pe y Sant; los dirigentes de las comunidades de Mt y de Jn). Después de recorrer el NT concluye con algunos criterios sobre la apostolicidad del ministerio en la iglesia. Entre otros son mencionados dos al servicio del misterio, y causa de Jesús y de la mediación apostólica necesaria en la Iglesia, como don del Espíritu: el derecho apostólico de la comunidad a tener dirigentes y la celebración de la eucaristía.

El cap. II y el III estudian de forma histórico-teológica los dos primeros milenios con sus características propias de configurar el ministerio sacerdotal en la iglesia y sus tensiones de convergencia y de divergencia. Al primer milenio le caracteriza, desde el canon 6° del Concilio de Calcedonia, la relación y elección del ministro con la iglesia local y se prohibe toda *cheirotonía* (ordenatio) absoluta, es decir, sin elección y referencia a una iglesia local. La ordenación absoluta